



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
POSGRADO EN GEOGRAFÍA
Facultad de Filosofía y Letras

La Oaxaca de todos, una mirada desde la geografía cultural

**Capítulo de libro en, Geografía e Historia en Iberoamérica: Síntesis de su evolución y
consideraciones contemporáneas**

**Para optar por el grado de:
Maestro en Geografía**

**Presenta:
José Omar Peral Garibay**

**Tutor
Dr. Jorge Jiménez Ortega
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM**

México D.F., Diciembre de 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Presentación

El capítulo que se presenta en este documento forma parte de los resultados obtenidos en el proyecto de investigación titulado *La producción del espacio patrimonial en México. El caso de Oaxaca de Juárez*, que se desarrolló en el marco de la maestría en Geografía entre enero de 2013 y diciembre de 2015. Durante dicha investigación se llevaron a cabo actividades propias del posgrado, como la asistencia a cursos y seminarios especializados que nutrieron tanto al marco teórico como al metodológico. Además de esto, se hizo una revisión documental para robustecer el cuerpo conceptual que sustentó la investigación y que permitió posteriormente hacer trabajo de archivo y etnográfico en la ciudad de Oaxaca.

La exposición de estos resultados se hará mediante tres apartados. En el primero se dará cuenta del planteamiento original de la investigación, así como de sus objetivos e hipótesis. Asimismo, se mencionarán tanto el contexto general del libro *Geografía e Historia en Iberoamérica: Síntesis de su evolución y consideraciones contemporánea*, del cual forma parte este capítulo, así como la manera en que el propio capítulo se inserta en el estado del arte del libro. El segundo apartado de este texto está conformado por el capítulo en su versión final, la cual ya fue dictaminada y aprobada para su publicación por el Instituto de Geografía de esta universidad. Por último, en el tercer apartado se expondrán las conclusiones preliminares que el capítulo logra aportar, respecto a los objetivos originales de la investigación.

I. Introducción.

Planteamiento de la investigación

El punto de partida para esta investigación fue retomar el desarrollo y discusión de la categoría fundamental que a nuestro entender, articula y da sentido a los estudios en geografía, la categoría de *espacio*, también conceptualizada como la *dimensión espacial de las relaciones sociales*. Dicha categoría se particulariza en formas específicas, en relaciones concretas de la sociedad que adquieren una configuración definida. El estudio de estas relaciones permite pensar al espacio y

su devenir en *lugar, paisaje, región, o territorio*. Así, la realidad que estudia la geografía es una realidad espacial, y estas son algunas de sus principales categorías.

Ahora bien, el *patrimonio cultural*, como concepto y fenómeno de la realidad, había estado relegado en los estudios que se hacen desde la geografía mexicana. Ha sido en las disciplinas antropológicas, así como en la historia y la arquitectura, donde se ha dado el mayor análisis de los procesos patrimoniales. La mirada que se privilegia en estos estudios ha sido la de la cultura, la identidad, el arte, lo estético, la memoria y en menor medida, la del espacio.

En este sentido, los estudios desde la geografía sobre el patrimonio cultural se insertan como un enfoque que abona en entender el despliegue y la transformación espacial del patrimonio. Desde la geografía, se busca analizar la producción del espacio a través de la historia, donde se toman en cuenta las continuidades y rupturas presentes en éste y que por tanto le dan una forma, en este caso, la forma patrimonial del espacio.

Por ello, se considera que el patrimonio conceptualizado como espacio, debe ser entendido y analizado como un producto histórico y que, en su producción –realizada en diferentes escalas– intervienen distintos actores cada uno de los cuales tiene sus propias apelaciones, reivindicaciones, objetivos e intereses. Con base en esto, se desprende un posicionamiento que contribuye con una lectura sobre el patrimonio, la cual permite comprenderlo también como el resultado de múltiples territorialidades.

Esta serie de preceptos buscaron ponerse a prueba mediante el análisis de los procesos patrimoniales en México, en el caso específico de la ciudad de Oaxaca. El planteamiento parte de entender un contexto histórico nacional e internacional, para luego dar cuenta de los contextos locales, donde hay un reconocimiento de la relación entre lo universal y lo particular.

De esta manera se asume que las iniciativas de protección del patrimonio en México se remontan, en la época moderna al siglo XIX con la creación del Museo Nacional y la protección de antigüedades hacia el año 1825, aunque, se consolidan con legislaciones específicas al respecto en la última etapa del porfiriato y en la segunda y tercera década del siglo XX (Becerril, 2003),

donde se le da un nuevo sentido a la producción del patrimonio, la cual se caracterizó por ser un proceso que estuvo dirigido por el Estado durante los primeros cincuenta años posteriores a la revolución.

Bajo la lógica estatal, el patrimonio cultural se constituyó como el medio por el cual se construiría una idea y un proyecto de identidad nacional mexicana (Machuca, 2005). Para ello, los agentes hegemónicos se valieron de la exaltación de un pasado mítico indígena y de la revaloración de la obra colonial, siendo que, el mestizo sería el verdadero representante y poseedor de esta unión entre lo prehispánico y lo europeo (Lombardo, 1997). En este periodo existe una reapropiación de formas y prácticas culturales, así como la creación de nuevas, principalmente a cargo de los artistas del régimen posrevolucionario, donde destacan la obra de los muralistas David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Diego Rivera.

Hacia la década de 1970, cuando se consolida la mundialización occidental, nuevas lógicas en torno al patrimonio se harían presentes. El Estado mexicano ya no sería el único agente que dirigiría la producción y el control de los espacios patrimoniales. Irrumpen ahora el sector privado y organismos internacionales como la UNESCO, que se interesarían en definir y legitimar al patrimonio cultural. Dicha legitimación se daría en función de que tales espacios tengan un valor excepcional desde el punto de la historia, el arte, la ciencia, y de que representen un atractivo cultural con vistas a ser mercantilizado.

En paralelo a estas directrices, se dan otras interpretaciones en torno al patrimonio cultural, aquellas que apelan al sentido dado desde los actores que intervienen a partir de su vivencia y prácticas cotidianas en estos procesos. De esta manera, el patrimonio cultural y su relevancia para una sociedad están en función de valores que determinan lo que puede ser reconocido como propio y a su vez, lo suficientemente importante como para conservarse. Así, el patrimonio lo es, porque el pasado representa una parte constitutiva del presente, sirve a éste para darle sentido, para formar un *nosotros* y un *nuestro*, englobando a las prácticas, objetos y espacios que discurren en la vida de un grupo social (Bonfil, 1997).

En el caso de estudio que nos ocupa, se considera que la conformación del Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca representa la confluencia en términos materiales y simbólicos, de acciones que son generadas por distintos sujetos, interesados en la transformación de un conjunto urbano, conforme a su propia evolución y expansión territorial, así como a la aplicación de una política patrimonial y económica.

Por ello, desde las instituciones del Estado mexicano, existió un reconocimiento de la importancia del patrimonio cultural en el Estado de Oaxaca, donde en 1932 se expide una ley de carácter estatal para legislar en materia de Monumentos Arqueológicos, sin embargo, se generó una controversia constitucional (Becerril, 2003) ya que el cuidado de dicha materia recae en la Federación. Lo relevante más allá de la discusión legal, es considerar la importancia que el patrimonio oaxaqueño representaba tanto para las autoridades locales y estatales, así como para las federales. De igual forma, otros sucesos darían pie a la posterior política patrimonialista que se llevaría a cabo en la ciudad: el sismo de 1931 que devastó buena parte de la ciudad; el descubrimiento de la tumba 7 en Monte Albán, y la celebración del homenaje racial (Guelaguetza), ambos en 1932 (Lira y Calderón, 2009).

A partir de este momento se comienza a perfilar una política patrimonial y económica, que con base en la riqueza cultural y arquitectónica de la ciudad, harían que Oaxaca se consolidara como un referente en materia de diversidad y patrimonio cultural, además de ser un lugar muy atractivo para turistas nacionales y extranjeros.

Asimismo, dos acontecimientos serían cruciales en la definición de estas políticas y por ende en el sentido que adquiriría la producción del espacio en la ciudad. En primer lugar, desde el ámbito de la federación (Secretaría de Educación Pública), se haría la declaratoria de Zona de Monumentos Históricos de la ciudad de Oaxaca de Juárez el 19 de marzo de 1976, lo que delimitaría un polígono de actuación cuya responsabilidad estaría a cargo del INAH (DOF, tomo CCCXXXV, No. 15). En segundo lugar, este polígono, posteriormente denominado como ciudad antigua o Centro Histórico, sería retomado por la UNESCO, para otorgarle el reconocimiento de Patrimonio Cultural de la Humanidad hacia fines de 1987 (Melé, 2006).

La incorporación de la Ciudad de Oaxaca a la lista del Patrimonio de la Humanidad fue un momento culmen en el proceso de patrimonialización. Hacia este periodo ya existía una articulación entre los distintos niveles de gobierno para hacer de Oaxaca una “ciudad colonial” cuya magnificencia tendría que ser admirada por propios y extraños.

Sin embargo, a pesar de que el Estado dirigiera unilateralmente estos procesos, han existido esfuerzos desde la sociedad civil, que se avocan a defender y reapropiar lo que desde su vivencia y perspectiva consideran como su patrimonio y/o su territorio. Asimismo, el sector privado se articuló a las políticas del Estado, al usufructuar los principales espacios del Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca, provocando una mezcla entre la visión del patrimonio como parte de la cultura, o también verlo como un recurso con posibilidad de ser mercantilizado. Por lo cual, en un mismo lugar podemos encontrar la confluencia de actores que operan a distintas escalas -local, nacional, mundial- y con base en distintos intereses, pero, construyendo en sus interrelaciones y contradicciones un mismo espacio patrimonial.

Esta situación nos hizo preguntarnos en primer lugar, cómo se da el proceso de articulación de un lugar a la totalidad a partir de los procesos patrimonialistas. Asimismo, es de suma importancia cuestionarnos la forma en la que el espacio como objeto/símbolo es re-producido como patrimonio a partir de un momento específico y con base en los intereses de ciertos sujetos; esto ayudará a comprender qué cambios en el espacio trajo consigo la irrupción de “lo patrimonial” en Oaxaca.

Por otro lado, también nos debimos cuestionar acerca de la forma y criterios que son utilizados para definir los atributos del espacio que son catalogados como patrimonio, así como el saber quién propone esos criterios y si tienen una aceptación generalizada que impacte en procesos identitarios hacia el resto de la sociedad.

Finalmente, nos preguntamos acerca de los conflictos que ha presentado para la sociedad Oaxaqueña el hecho de que su ciudad sea declarada como Patrimonio de la Humanidad, así como las posibles alternativas que se vislumbren al momento de pensar una producción más democrática (y en su caso, participativa y/o alternativa) del espacio patrimonial en Oaxaca.

En aras de perfilar supuestos que guiaran la investigación, se propuso la siguiente hipótesis de trabajo:

El Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca de Juárez se constituye como un espacio conservacionista-mercantilizable producido con base en una política patrimonialista vertical implementada por el Estado cuyo sustento principal son los lineamientos de la UNESCO y los intereses del sector privado, lo cual diverge de los usos y significaciones que hacen de ese mismo espacio el resto de colectivos que componen la sociedad oaxaqueña.

Una vez perfilada la hipótesis se propuso como objetivo general:

Evidenciar la espacialidad de la política patrimonialista en el Centro Histórico de la Ciudad de Oaxaca, generada a partir de un discurso y una serie de acciones verticales promovidos por el Estado, la UNESCO y el sector privado.

Asimismo, se definieron los siguientes objetivos particulares:

1. Identificar las perspectivas teórico-conceptuales que sustentan la investigación.
2. Explicar el proceso de conformación histórico-espacial de la ciudad de Oaxaca.
3. Distinguir a los principales actores que intervienen en el proceso de patrimonialización de la ciudad de Oaxaca.
4. Reconocer los elementos del espacio que son designados como patrimonio
5. Exponer las distintas formas de apropiación del Centro Histórico de la Ciudad de Oaxaca.
6. Evaluar la viabilidad de una gestión democrática del patrimonio.

El capítulo en el contexto del libro *Geografía e Historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas*.

El libro que coordinan Gustavo Garza y Gabriella Dalla Corte, busca dar continuidad a los esfuerzos que se han realizado en las últimas décadas por establecer un ejercicio cognoscitivo transdisciplinar cada vez más profundo. Además, este trabajo pretende cuestionar los métodos y posiciones dominantes que se han desarrollado en la academia. Con ello, se recuperan los esfuerzos por re-integrar el conocimiento de las ciencias duras en el ámbito de las ciencias humanas, y de reconstituir el conocimiento físico-biológico en el mundo de lo social. El marco general de reflexión es este, mientras se delinea la discusión específica en torno al diálogo entre los saberes generados por la geografía y la historia en el contexto del denominado *giro cultural*.

A partir del vínculo entre geografía e historia, en este libro se proponen elementos que consoliden el campo de investigación de la geografía histórica en Iberoamérica, no sólo en términos del número de investigaciones que se hagan desde esta disciplina, la cual ya ha arraigado en los ámbitos anglosajón y francés, sino también, a partir de generar una mirada propia, que se construya desde y para los contextos iberoamericanos.

En este sentido, el libro busca ser una mirada crítica a los valores socioculturales y pautas académicas impuestos desde occidente, subrayando la posibilidad y necesidad de re-pensar los procesos de larga duración que han definido a nuestras sociedades de un modo particular. Esto abre las perspectivas hacia nuevas formas de periodizar el tiempo y delimitar el espacio. Así, el énfasis está en hacer una revisión de la historiografía contemporánea para reconocer la importancia que ésta tiene como herramienta de trabajo para la geografía, y con ello generar debates filosóficos, epistemológicos y metodológicos que repercutan no sólo en el entendimiento del espacio, sino también de la propia historia.

Para desarrollar estas ideas, el contenido del libro está presentado en tres apartados y seis capítulos. El primer apartado, titulado *Geografía e Historia en Iberoamérica (Siglos XIX al XXI)*, da cuenta de los esfuerzos que se han hecho desde Iberoamérica para vincular a la geografía y la historia. En un primer capítulo, *Los geógrafos iberoamericanos y la historia*, se expone lo que la

geografía ha hecho suyo de la historia, mientras que en el segundo, *Los historiadores iberoamericanos y la geografía*, se ofrece la mirada complementaria, mostrando lo que la historia ha hecho suyo de la geografía.

La segunda parte del libro se denomina *Geografía e Historia: dos propuestas a partir del giro cultural*, y está integrada por el capítulo *En el espejo de Heródoto: Geografía cultural e historiografía*, en donde se expone un acucioso análisis del concepto paisaje, reinterpretado como recurso historiográfico y ejemplificado en la obra del viajero Heródoto de Halicarnaso. El otro capítulo que integra este apartado se titula *Percepción europea y realidad americana: México y Perú en la cartografía del siglo XVI*; en él, se muestra como los conquistadores europeos extrapolaron su cosmovisión a la realidad americana, ampliando la frontera entre la civilización y la barbarie a los centros políticos más desarrollados en el nuevo mundo, además de producir un discurso e iconografía correspondiente a través de la cartografía.

En el último apartado, *Geografía histórica y Geografía Cultural en el estudio del paisaje, el territorio, y la urbe en Iberoamérica*, se busca generar un discurso espacial a partir del vínculo entre las cuestiones culturales y la historiografía. Así, en el capítulo *Geografía histórica y las transformaciones del paisaje y el territorio iberoamericano*, se hace una defensa de la geografía histórica como disciplina que propugne por reinterpretar la historia oficial de las transformaciones espaciales en Iberoamérica, reivindicando a las culturas no occidentales como actores determinantes en dicho proceso.

Finalmente, el segundo capítulo de este apartado y último del libro es, *La Oaxaca de todos, una mirada desde la Geografía cultural*.

Presentado por el que escribe, este trabajo hace suyo el propósito del libro de pensar al espacio y al *lugar*, como un producto histórico de larga duración. La perspectiva histórica y el trabajo historiográfico se reivindican como herramientas fundamentales para entender la evolución de las ciudades en Iberoamérica desde una postura crítica. Asimismo, se recuperan las propuestas generadas en el marco del giro cultural en las ciencias sociales, donde se plantea la necesidad de

un cambio de visión y de estrechar lazos con las disciplinas que hacen de la cultura su objeto de estudio.

En este capítulo, desde la geografía, la historia y la cultura, se reconstruye la génesis y transformaciones de la ciudad de Oaxaca, siendo enfáticos en señalar procesos y sujetos que han quedado al margen de los estudios tradicionales. Con base en ello, se genera una reflexión en torno a la manera en que la ciudad se ha articulado al sistema-mundo desde su fundación como villa española hasta la actualidad, siendo catalogada como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Para poder abundar en estas ideas, y en aras de generar la reflexión y el debate, se presenta íntegro el capítulo que se ha escrito.

II. La Oaxaca de todos, una mirada desde la geografía cultural.

Autor: José Omar Peral Garibay

El patrimonio cultural es un concepto que hace referencia al legado material e inmaterial que pasa de una generación a otra, también puede ser entendido como la herencia que se nos brinda del pasado y que se reactualiza en el presente. Tradicionalmente, los estudios sobre patrimonio cultural en México han estado a cargo de especialistas en arquitectura, antropología, arqueología o historia, así como de organismos enfocados en su estudio, salvaguarda y difusión como el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Más recientemente la geografía también se ha interesado en este tema, aportando un enfoque espacial sobre dicha problemática.

En este sentido, el presente trabajo busca ser una pequeña aportación a los estudios del patrimonio vistos desde la óptica de la geografía cultural. El caso específico de análisis lo constituye el centro histórico de la ciudad de Oaxaca y el proceso mediante el cual esta ciudad se articuló a la dinámica global de la patrimonialización. Para ello en un primer apartado se esbozan los presupuestos teóricos y metodológicos de la geografía cultural, para posteriormente hacer una reconstrucción geográfica e histórica de la fundación y evolución de la ciudad hasta nuestros días. Por último, se analiza la manera en que la antigua Antequera, con base en ciertas características que le son propias, se constituyó como uno de los centros urbanos más representativos del patrimonio nacional y mundial.

Espacio, tiempo y cultura en la geografía del siglo XXI

Los paradigmas actuales de buena parte de la práctica geográfica de principios del siglo XXI, comenzaron a surgir desde los cambios socioculturales y académicos ocurridos como consecuencia del rompimiento cultural global de 1968, y han tomado predominancia a partir de la profunda reestructuración productiva y financiera del capitalismo de las décadas de 1970 y 1980, así como de los cambios culturales implícitos en la revolución científica, tecnológica y comunicacional, hasta llegar al desmoronamiento del bloque soviético a principios de los

noventa. El mundo se contrajo hasta la pantalla del televisor y la política eclosionó en sujetos y discursos revolucionarios.

Fue en esas circunstancias de ajeteo generalizado, en donde la realidad sufrió profundas transformaciones. Pero no únicamente fueron las relaciones sociales las que se vieron modificadas, también lo hicieron las construcciones epistemológicas que trataban de dilucidarlas. Dentro del ámbito de las ciencias sociales, aconteció un proceso de renovación inherente a las mutaciones del mundo. Los antiguos modelos se vieron acotados e incluso reducidos frente a fenómenos nuevos o que hasta entonces habían sido ignorados. El modelo neopositivista predominante en la ciencia occidental mostró su agotamiento y dio paso a nuevas propuestas surgidas de las tradiciones idealistas, humanistas y críticas que nacieron en el siglo XIX. La mirada sobre el presente debió recoger posturas del pasado de una manera renovada, así como abrirse paso en un mundo rígido de conceptos y narrativas totalizadoras (Wallerstein, 2006).

A partir de la década de los setenta del siglo pasado, un cambio discursivo imputó la superioridad del tiempo sobre otras dimensiones de la vida social. En las resquebrajaduras de la visión dominante de un tiempo y una historicidad unilineal, se abrieron paso nuevas perspectivas que traían a colación al espacio y a la cultura, así como una nueva forma de periodizar la evolución humana, haciendo menos rígidos a los períodos, otorgándole ritmos propios a cada una de las colectividades humanas. Esta reconfiguración debe entenderse en el marco una disputa por la supremacía del saber, pero también en el ámbito de la práctica social y política. El capital mundializado, o 'globalizado' como también se le ha llamado, cambió su manera de actuación y pretendió erigirse como el ordenador del mundo a su imagen y semejanza, utilizando todos los medios que tenía a su alcance, en particular los vinculados al proceso productivo-consuntivo tanto de objetos, como de imágenes y símbolos (Harvey, 1998).

Se dice que la imaginación es más importante que el conocimiento en el proceso de creación, y en este sentido, lo que se denominó como el giro espacial y el giro cultural de los años setenta, puede ser entendido como un proceso imaginativo frente a una serie de prácticas y discursos que no daban cuenta satisfactoria de la realidad (Nogué y Albet, 2004). Esto fue particularmente importante en el ámbito de la geografía, donde una marcada práctica cuantitativa reforzaba la

idea de que el espacio era un objeto vacío, un contenedor en el cual se depositaban los atributos físicos y humanos que posteriormente adquirirían una forma que podría ser revelada y modelada mediante el lenguaje lógico matemático. Este espacio se caracterizaba por estar desprovisto de toda intencionalidad humana, era un espacio neutro (Moraes, 2005).

El giro espacial y el giro cultural en las ciencias sociales generaron las condiciones para que se diera un diálogo entre las diferentes disciplinas humanas. La primacía de lo histórico-económico dio paso a las vivencias y prácticas sobre el espacio, condicionadas por la forma en que la gente concibe y recrea su mundo. Bajo esta visión, el acomodamiento de las actividades humanas al espacio no se hace de una manera mecánica o automática, aún ante el abrumador poder de las relaciones que pretende reproducir el capital y de los actores más poderosos que lo detentan o promueven. Es en este marco de diálogo transdisciplinar que, si bien no surge la geografía cultural, sí se ve enriquecida vigorosamente.

La geografía cultural de los años setenta y ochenta, en vez de avocarse al estudio de las áreas culturales como lo planteara Franz Boas en el primeras décadas del siglo XX (Harris, 1979), se constituiría como un enfoque particular para analizar el espacio, en el cual el énfasis estaría en dar cuenta de los procesos de transformación de la espacialidad de las relaciones sociales que son mediados por la cultura (Fernández, 2006). El campo de la significación sería el faro que guiaría la perspectiva del cambio espacial; asimismo, el factor temporal tendrá una relevancia incuestionable, pero ahora, el tiempo será pensando en conjunción con el espacio, de manera inseparable, como ya los señalara Lefebvre (1976: 244) al mencionar que “todo lo que ha actuado en el historia ha quedado inscrito en el espacio”.

Esta nueva geografía cultural, dio prioridad a la manera en que las distintas sociedades transforman su territorio dándole una impronta propia. El espacio deviene en paisaje y territorio, porque es un espacio apropiado, marcado, delimitado y cargado de significación y emotividad; es depositario de los mitos fundacionales y requiere de su reactualización a partir de una práctica ritual periódica, institucionalizada. Como herramientas para esta propuesta de análisis del espacio, se hacen fundamentales la categoría misma de espacio-tiempo, así como los conceptos que hacen aprehensible esta dimensión: paisaje, lugar y territorio, como las principales

(Fernández, 2006). De igual forma, como premisas para el trabajo de investigación, el enfoque de la geografía cultural se constituye en un amalgamamiento entre el modo de producir y el modo de significar la vida diaria. El entrecruzamiento de esos dos modos es lo que deja huella en el espacio, lo que lo marca, lo que lo grafea, lo apropia y significa (Gonçalves, 2001).

En este escenario, la antropología ha brindado a la geografía importantes aportes no sólo en términos teóricos, sino también metodológicos. La dimensión simbólica del espacio, que por mucho tiempo estuvo ausente en los estudios de la geografía, ahora irrumpe con importante fuerza. Esta irrupción viene dada con la adopción, por parte de los geógrafos, de las más tradicionales herramientas de trabajo cualitativo desarrolladas por los antropólogos. Tal es el caso de la observación participante y de la etnografía, sólo por mencionar las principales. Así, para la geografía se abría una nueva etapa de trabajo de campo, donde si bien ya existía, 'la vista sobre el terreno', ahora se hace una reducción de escala y se deja de mirar tanto al horizonte para poder mirar más a lo próximo y circundante. Los estudios de la geografía cultural plantearían como incógnita la manera que un colectivo entabla su relación con el espacio y produce un paisaje o un territorio, y para ello, como estrategia investigativa es fundamental que el geógrafo aprenda de primera mano, como si fuera un sujeto más de esa colectividad (Fernández, *Ibid*: 230-235).

Finalmente, un recurso analítico que es de vital importancia para cualquier estudio geográfico, es el que tiene que ver con la acción de la práctica espacial diferenciada, lo que refiere al problema de las escalas. Aun cuando se haga el análisis de un lugar y donde la escala del trabajo de campo y de la recolección de información esté dada por lo próximo, lo local, lo cercano, no se puede omitir el hecho de que los lugares, todos ellos, constituyen parte de la totalidad-mundo, están en relación con lo global y con actores que tienen capacidad de incidencia que va más allá del propio terruño. La importancia del análisis escalar nos permite entender que cualquier lugar es producido en relación a la totalidad, a una totalidad que se constituye globalmente. De manera que lo local se articula a lo global, recibe impulsos, tendencias y condicionantes que está fuera de sus límites físicos. Sin embargo, la relación no es mecánica, lo local puede constituirse como particularidad de lo global, como su concreción y especificidad (Peral, 2012). Dado que los actores con mayor capacidad de producción del espacio se mueven en el ámbito global, son ellos los que tienen la fuerza de llevar sus intereses económicos y políticos por todo el mundo,

sirviéndose de la cultura para poder hacerlo; de hecho es el principal mecanismo de propagación para la uniformización del espacio. Al homogeneizar las pautas de consumo cultural se homogeniza también al espacio.

Ante esto, es importante considerar que la perspectiva crítica y humanista son de vital importancia para los estudios de la geografía cultural. Por un lado, el discurso crítico permite hacer un posicionamiento político antihegemónico, y por otro, la perspectiva humanista nos da cuenta de la multiplicidad de formas de entender la realidad que pueden y deben convivir en este mundo. Minorías, excluidos, explotados, subalternos, los productores de los paisajes ocultos de esta (pos) modernidad capitalista se convierten en los actores principales de este proceso renovador. Lo son porque si bien están ocultos para la visión dominante, estas otras formas de reproducir el espacio están bien definidas por sí mismas; también lo son aquellos que aún actuando bajo la lógica de las relaciones dominantes, lo hacen enfatizando la reproducción de la vida social, de la cultura, del goce y de lo colectivo.

Huaxyacac, Antequera, Oaxaca, transformaciones de una ciudad

La ciudad de Oaxaca es una ciudad que puede apelar a distintos orígenes, de ella se puede decir que es una ciudad prehispánica, colonial o incluso moderna (porfiriana), o podríamos, para hacer honor a todas las tradiciones arquitectónicas que en ella convergen, decir que es todo esto a la vez. En el imaginario popular e incluso en el imaginario ilustrado, la ciudad de Oaxaca es asociada predominantemente al México virreinal. De ella se dice pues, que es una ciudad colonial. Sin embargo, la ciudad de Oaxaca está asociada a una antiquísima presencia de asentamientos humanos en la región en la que se localiza, conocida como Valles Centrales. Asimismo, es de relevancia la posición estratégica en que se ubicó la ciudad en función del acceso a recursos, sobre todo tierra y agua, pero también en función de las rutas comerciales que mantenían los mexicas hacia la región maya (Van Doesburg, 2007).

Ahora bien, la historia del poblamiento en la región menciona que por lo menos desde hace diez mil años, existe una alta densidad demográfica en esta zona, además de que hacia la transición del periodo preclásico al clásico se dio un intenso desarrollo arquitectónico y urbanístico, del cual

es insigne la ciudad de Monte Albán, localizada a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad actual de Oaxaca. En ese sentido, debe ser entendida la fundación de la ciudad, como una línea de transición entre distintos momentos de ocupación y transformación del espacio que data de hace miles de años, la época colonial le dio su impronta y particularidad, pero no se puede decir que sea ella la que la haya iniciado.

Respecto a la ocupación del espacio físico, la ciudad se asienta en la confluencia de tres valles, el de ETLA al noroeste, el de Tlacolula al este, y el de Zaachila al sur. El relieve, la abundancia de agua y las condiciones climáticas, hicieron que estos valles tuvieran un lugar destacado en el inicio de la tradición agrícola mesoamericana. Prácticas agrícolas que condujeron grupos proto-zapotecos y cuyos descendientes poblaron los valles hasta que el empuje mixteca los obligó a compartir las riquezas de tan pródigas comarcas. Hacia 1494, bajo las órdenes de Ahuizotl se estableció el puesto militar mexica de Huaxtlan, pero una rebelión mixteco-zapoteca obligó a Moctezuma Xocoyotzin a sofocar el levantamiento y reconquistar la ciudad, poblarla con cerca de tres mil nahua parlantes, y rebautizarla con el nombre de Huaxyácac hacia el año 1502. Este emplazamiento, no sólo era estratégico para el cobro de impuestos a escala regional, sino también era vital para reforzar la ruta comercial al preciado Soconusco (Madrid, 2013). Este asentamiento se desarrolló en el contexto de una organización urbana de considerable importancia, tanto en lo económico, lo político-militar, como lo religioso y lo administrativo, por lo que debe considerarse que su traza no fue de todo destruida por los españoles, sino retomada por ellos, para guiar el asentamiento y expansión de la futura Antequera (Barbosa, 2001).

En 1521, tras la caída de México-Tenochtitlán y con conocimiento de la importancia que la guarnición de *Huaxyacac* representaba para los mexicas, Cortes envía a un grupo de españoles y soldados indios hacia la conquista de esta ciudad (Chance, 1978). Existe la creencia de que Francisco de Orozco conquistó Oaxaca, sin embargo, según las fuentes históricas, no hay ninguna prueba contundente de ello, más importante todavía, no existe evidencia alguna de que se haya dado una conquista militar. Lo más probable es que los españoles hayan ocupado Huaxyácac mediante un armisticio con los mexicas y otros señores importantes de los valles, debido a la imposibilidad de Orozco para vencer a los ejércitos indígenas. Lo pactado de acuerdo con Taylor, citado por Barbosa (*Ibid*: 89), fue la solución más razonable para que los españoles: “lograran

ocupar la plaza y el reconocimiento a la corona española, a cambio del respeto a las posesiones territoriales indígenas... aspecto de fundamental importancia para la comprensión de las relaciones interétnicas y el arranque de la vida colonial en los valles de Oaxaca”.

Debido al interés que representó en Cortés las descripciones del valle, éste lo incluyó en la lista de las posesiones territoriales que pretendía exigir a la corona a cambio de sus servicios prestados en la guerra de conquista, además de ello, el futuro Marqués del Valle (nombrado así por el Rey en 1529), reclamó para sí, el pago de tributo de toda la población indígena de los Valles Centrales, lo que vino a ser una forma de sustitución de los gobernantes mexicas, al punto que, el propio Cortés vivió durante algún tiempo en la que fuera la casa del principal de *Huaxyacac* (Van Doesburg, *Ibid*: 63). Sin embargo el sueño de Cortés duró muy poco tiempo, y éste entró en abierto conflicto con un grupo de españoles que decidieron hacer de estos valles el lugar para la fundación de una ciudad que escapara al control del Marqués. Así, hacia 1522, la ciudad de Oaxaca recibe el nombre de Segura de la Frontera (Chance, *Ibid*: 50).

Los años que anteceden al otorgamiento de la cédula que crea la ciudad de Antequera en 1532 (Barbosa, *Ibid*: 110), son de relativa inestabilidad para los iberos, entre reposicionamientos indígenas regionales, como el de la dinastía mixteco-zapoteca de Cuilapan o las reclamaciones de Cortés, quien finalmente se tendrá que contentar con la villa del Marquesado al poniente de Antequera y otras poblaciones de la región. Así, con certeza jurídica y prerrogativas como *república de españoles*, la ciudad comenzó su proceso de urbanización hacia mediados de la década de 1530, en buena medida bajo el influjo de religiosos, particularmente de la orden de los dominicos. Encargados de la evangelización de los *pueblos de indios* de los Valles Centrales y de toda la *provincia* de Oaxaca, así como de brindar el oficio religioso a los habitantes peninsulares de la ciudad, los frailes se dieron a la pronta tarea de comenzar a construir templos y conventos donde además de organizar las ceremonias religiosas, pudieran ellos tener su morada. De esta manera se entiende como una de las primeras acciones del Cabildo de Antequera, en el mismo año de 1529, es la donación de doce lotes (tres cuadras) para la construcción del primer templo dominico (Van Doesburg, *Ibid*: 74).

Como es sabido, las ciudades novohispanas fueron los lugares donde se asentaron las principales autoridades políticas y religiosas, también fueron el centro de articulación de las principales actividades económicas, ya sean las que se llevaban a cabo a sus alrededores, como la agricultura, ganadería o la minería, o bien las que poco a poco se fueron constituyendo como parte de la misma ciudad, como los talleres, obrajes y tiendas. La configuración espacial de estos poderes hacía de la ciudad su lugar predilecto, al interior de ella configuraban un orden en el que la proximidad a la plaza mayor, era símbolo de estatus y jerarquía. Por otro lado, hacia el exterior, funcionaba como nodo articulador con las comarcas que estaban bajo su jurisdicción, mediante la concentración de impuestos o bien por medio de los mercados semanales, siendo lugares importantes donde se daba el encuentro y la socialización entre distintas razas, clases y castas (Chance, *Ibid*: 99). En realidad la ciudad novohispana podía operar como un espacio que por lo menos temporalmente podía reducir la distancia (física y social) entre distintos sujetos.

Para el caso de la ciudad de Antequera, su importancia en este sistema de ciudades novohispano está confirmada por su pronta adquisición de título de ciudad, tan sólo diez años después de la caída de México-Tenochtitlan. En este contexto cabe destacar que las transformaciones de la ciudad de Antequera se pueden enmarcar en dos etapas. La primera comprende desde su fundación, hasta mediados del siglo XVIII; la segunda etapa se puede ubicar con el advenimiento de las reformas borbónicas así como con la expansión explosiva de la producción y exportación de la grana cochinilla. En estas etapas de la Oaxaca colonial hay cambios significativos en su evolución demográfica y urbana (Duhau, 1988).

En el primer periodo, la ciudad de Antequera comenzó a recibir residentes provenientes de la Ciudad de México, incentivados por la Corona para que se establecieran en los valles. Sin embargo, muchos otros propietarios de tierras en la región mantuvieron su residencia en Puebla o en la capital del virreinato. Asimismo, la ciudad mantuvo la traza indígena adaptada a los patrones hispánicos, y de ahí se extendió de manera ortogonal que es como se conserva actualmente (Barbosa, *Ibid*: 179). Durante el siglo XVI se llevaron a cabo importantes obras públicas como el acueducto, la desviación del río Atoyac, la construcción de la catedral y el levantamiento del Convento de Santo Domingo de Guzmán (Van Doesburg, *Ibid*: 79).

La realización de dichas obras no pueden entenderse sin las instituciones sociales que las posibilitaron, como son la encomienda y los repartimientos, que durante algunos periodos rayaron en la esclavitud de los indios aun cuando ésta estaba prohibida. Así, en este periodo que abarca los primeros dos siglos del México virreinal, la organización de los Valles Centrales quedó delimitada por la ciudad de Antequera como centro político y económico, secundada por el Marquesado del Valle, así como una serie de poblados indígenas que hacían la función de satélites de la ciudad, brindando mano de obra y productos manufacturados. De igual importancia para el mantenimiento de Antequera, fueron las actividades agrícolas y ganaderas llevadas a cabo más allá de sus fronteras, ya que estas proporcionaban los alimentos con los cuales se mantenía la ciudad, así como productos de origen animal que serían trabajados en los obrajes y talleres (Chance, *Ibid*: 87).

Esta situación, en términos generales, se mantuvo hasta mediados del siglo XVIII, cuando la ciudad comenzó a ser un polo de atracción por causa de su actividad comercial y del impulso que recibieron la producción de algodón y la industria textil asentada en los talleres de los poblados de los valles, así como la producción de grana cochinilla, actividades todas ellas, realizadas por mano de obra indígena. Así, de tener aproximadamente tres mil habitantes a principios del siglo XVIII, la ciudad de Antequera pasó a tener 18,237 habitantes en el año de 1790 (AGN, Historia, vol. 522: 260), además de que hubo un incremento notable en su obra pública y privada, derivado del auge económico de la grana y los textiles. Renovada articulación de los Valles Centrales de Oaxaca al sistema mundo, en el que por vez primera, esta región produce un objeto útil a escala imperial, siendo que su función económica hasta entonces, no había trascendido la escala virreinal o colonial.

Ya hacia el ocaso del México colonial, la ciudad de Oaxaca (el término Antequera cayó en desuso desde mediados del siglo XVIII, hasta oficializarse el cambio nominal en los inicios del periodo republicano), estaba constituida por una élite pequeña y encumbrada, existían también dos tipos de fuerza de trabajo bien diferenciada, un conjunto de trabajadores semi-adiestrados e inexpertos, y un grupo clase mediero con ocupaciones profesionales y adiestradas, especialización que incluso se vio reflejada en una diferenciación por Barrios. Hacia ésta época ya se habían implementado políticas dictadas desde la corona, que tenían el objetivo de

reorganizar la vida interna de la ciudad en todos sus ámbitos, así como para hacer frente a los constantes terremotos que dejaban en ruinas a la ciudad (Arrijoa y Sánchez, 2007).

La vida segregada y de encasillamiento étnico-social, común a toda urbe iberoamericana, fue interrumpida al convertirse la propia ciudad en parte del teatro bélico de las guerras de independencia, entrando a la capital oaxaqueña Morelos y su ejército en noviembre de 1812. La presencia de Morelos en la ciudad fue corta, sin embargo llevó a cabo varias acciones que perduraron en la ciudad como: “la construcción de una fuente en el llano de Guadalupe... la instalación de una maestranza de artillería en pleno palacio obispal, la instalación de una casa de moneda para acuñar monedas propias y la publicación del primer periódico impreso en la capital” (Martínez y Ruíz, 2007: 9). Después de estas acciones la ciudad quedó al mando de los insurgentes hasta 1814 cuando los realistas la volvieron a recuperar y mantuvieron en su poder hasta el triunfo de la independencia.

A partir de este momento y hasta la consolidación del porfiriato, la ciudad (al igual que buena parte de la recién creada nación) atravesó por momentos de inestabilidad y desorden, en el estire y afloje de las fuerzas liberales y conservadoras. Aun en estas circunstancias destacan la instalación de un alumbrado público, la apertura de instituciones educativas, la construcción del Palacio de los Poderes y del panteón de San Miguel al oriente de la ciudad, así como la constante reconstrucción y/o reparación de edificios debido a los sismos recurrentes. Dentro de los oficios que se desarrollaron en la ciudad destacaban los de panadería, albañilería, zapatería, albardería, sastrería, curtiduría e hilado de textiles. Hacia las últimas décadas del siglo XIX, ya bajo la dictadura de Porfirio Díaz, la ciudad de Oaxaca vio su entrada a la modernidad con la llegada de las inversiones extranjeras, así como del ferrocarril, la energía eléctrica, drenaje, transporte tranviario, entre otros. En este periodo se da un auge constructivo, y una renovación en el estilo arquitectónico de la ciudad, pretendiendo seguir el modernismo francés, lo que le daría parte sustancial del estilo que aún conserva (Martínez y Ruíz, *Ibid*: 43).

El siglo XX se inicia para Oaxaca en una relativa bonanza económica, así como con un incremento poblacional mantenido por décadas, que fue dramáticamente frenado por los movimientos revolucionarios de la década de 1910. La ciudad pasó de tener cerca de 38,000

habitantes en 1910 a tan solo 17,792 personas en 1921, habiendo sido un proceso de abandono de la urbe, más que defunciones. Hasta la década de 1940 (INEGI; 1910, 1921 y 1940) la ciudad recuperó la población con que contaba en las postrimerías del porfiriato. En términos de su patrimonio, la ciudad sufrió graves pérdidas por causa de los combates que se realizaron en ella, así como por la utilización de muchos inmuebles como trincheras para la batalla. Una vez terminada la revolución, los conflictos y disputas entre grupos de poder no habían cesado del todo, y para desgracia de la ciudad, en el año de 1932 aconteció un sismo de gran magnitud que la destruyó en gran parte. Durante toda las décadas de los veinte y los treinta del siglo XX, la ciudad y la sociedad oaxaqueña debieron esperar a que las cosas se estabilizaran y entonces sí, tanto la población, como la ciudad comenzaron a crecer (Madrid, 2013).

A lo largo del siglo XX se identifican tres momentos en la expansión de la ciudad de Oaxaca. El primero de ellos estaría definido por un crecimiento de la ciudad sobre la antigua traza, manteniendo la uniformidad y fusionándose con la agencia del Marquesado. Este periodo abarcaría de 1900 a 1940. El segundo periodo cubriría de la década de los cuarenta a la década de los setenta y estaría caracterizado por una consolidación del mercado interno y por el aumento de la migración campo-ciudad. En este periodo la ciudad seguiría creciendo sobre el municipio de Oaxaca de Juárez, sin embargo ya no lo haría siguiendo la traza urbana, sino las principales vías de comunicación de la ciudad hacia el exterior, además de presentarse los primeros asentamientos irregulares. El tercero de los periodos identificados, está asociado al crecimiento de la planta burocrática y a la tercerización de la economía, la ciudad crecería de manera desordenada más allá de los límites del municipio, es el periodo de metropolización que comienza en la década de los años setenta y que se acentúa en los ochenta y noventa (Francisco, 1999).

En ese proceso de crecimiento, lo que era la ciudad de Oaxaca hasta la década de los cuarenta, se convirtió en un renovado espacio central. La asignación de atributos con base en una apreciación específica de la arquitectura, del urbanismo y de la cultura, han producido una serie de discursos y prácticas de recuperación del pasado y de la protección de éste, su materialización la encontramos en lo que conocemos como casco antiguo, ciudad antigua, o como más reciente se le ha denominado, centro histórico (Rodríguez, 2014). *Huaxyacac*, Antequera, Oaxaca, ahora se ha convertido en la ciudad inmortal dispuesta a ser admirada por sus visitantes.

La era de la patrimonialización global en Oaxaca, situación y perspectivas

En los apartados anteriores se hicieron una serie de anotaciones en referencia al modo en que el lugar como forma concreta de producción del espacio, está articulado a procesos socioeconómicos que van más allá de sus límites físicos, que lo trascienden y lo vinculan a una totalidad planetaria. Vinculación, que en el caso de la ciudad de Oaxaca, comenzó hacia la década de 1530, y que ha reconocido altibajos conforme esta urbe y su región han proveído insumos de alta estima para los mercados nacional y mundial en un momento determinado. Hoy en día, el producto que la capital oaxaqueña puede ofertar a escala global es su patrimonio.

La era de la patrimonialización global hace alusión a las iniciativas sobre la creación de muebles, inmuebles, obras de arte, paisajes y espacios protegidos. Es un proceso moderno que comienza en el siglo XIX con la creación de parques naturales en Estados Unidos (Melo, 2002), y cristaliza con varios documentos y acciones en las primeras décadas del siglo XX, después de la destrucción del patrimonio urbano y arquitectónico ocasionado por la primera Guerra Mundial. A partir de este contexto, surgen iniciativas conjuntas entre países para lograr la mejor salvaguarda y conservación de sus bienes patrimoniales. El caso específico de la UNESCO y de su Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural de 1972 es el culmen en el proceso de mundializar la política e ideales patrimonialistas (Ballart y Juan, 2008).

Actualmente, las políticas patrimoniales sobre los centros históricos, presupone un reforzamiento de la identidad del lugar a partir de una delimitación cronológica y territorial que se fundamentan en la 'historicidad legítima' y que bajo esos parámetros, también delimitan un polígono que únicamente abarca la urbe que se define a partir de actores y discursos preponderantes desde una historiografía tradicional, la cual suele estar marcada por fuertes tintes nacionalistas. La legitimación, la regulación y la estilización del espacio, se particularizan en cada contexto local, a partir de una correlación de fuerzas y una gestión negociada de los conflictos sociales (Melé, 2006).

En el caso de la ciudad de Oaxaca, ésta tuvo una política patrimonial temprana mediante la implementación de inventarios de inmuebles, pero sobre todo por la existencia continua de

proyectos de restauración y/o reconstrucción. Esto, por una cualidad particular de la ciudad, los continuos terremotos. El sismo de 1932 devastó gran parte de la ciudad e impulsó una reestructuración arquitectónica y urbana. Desde esta época, y en sintonía con el modelo desarrollista y modernizador enarbolado por el gobierno nacional, las administraciones del estado y ciudad de Oaxaca ejecutaron importantes proyectos que tenían como objetivo la restauración y refuncionalización de varios inmuebles patrimoniales (López, 2007).

En una larga lista de obras realizadas para consolidar a la ciudad, no sólo en términos físicos (para evitar que se volviera a caer) sino también económicos, destacan la condonación de impuestos en respuesta al golpe sufrido por el terremoto, política hacendaria que sería retomada para incentivar la protección de inmuebles históricos. También en estos tiempos se inauguró el tramo de la Carretera Panamericana que comunicaba por un lado con la capital del país y por el otro hasta San Cristóbal de las Casas, lo que permitió una mayor afluencia de turistas. Asimismo, se restauraron importantes edificios públicos y religiosos, los cuales una vez utilizables, se destinaron a actividades culturales y educativas. Es de destacar también, la intervención en plazas públicas y jardines, como es el caso del zócalo, restaurado en los treinta, y la inauguración del jardín Conzatti hacia 1950, así como la fundación de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, en ese mismo año (López, *Ibid*: 113-118).

En los años sesenta se manifiesta una preocupación en algunos sectores de la sociedad oaxaqueña sobre la amenaza que representaba la modernización de la arquitectura. En este contexto surge la Ley Federal de monumentos de 1972, que frenó un en alguna medida el proceso de expansión de una arquitectura no 'tradicional'. Asimismo, en esa década de los setenta, se realizó en la ciudad de Oaxaca un amplio proyecto de intervención por parte del gobierno federal, en el cual se dotó a varias plazas públicas de equipamiento urbano y pavimentos de cantera (Jiménez, 2008): en 1970 se construye el auditorio de la Guelaguetza, en 1972 se inaugura el museo regional de San Domingo, y finalmente, el 19 de marzo de 1976 (DOF, tomo CCCXXXV, No. 15) se decreta al centro histórico de Oaxaca como Zona de Monumentos Históricos bajo protección de la federación, siendo el primer conjunto urbano que se protegió con base en la Ley Federal de Monumentos de 1972 (Ortiz, 1992).

Iniciada la década de los ochenta, la ciudad de Oaxaca ya está por completo articulada a la patrimonialización global. Hacia el inicio de la gestión del gobernador Vázquez Colmenares (1980-1985), se peatonalizan algunas de las vías del primer cuadro, y se convierte a la calle de Macedonio Alcalá el eje vertebrador del consumo del espacio oaxaqueño: el andador turístico, reconocido e identificado plenamente en el imaginario popular de cualquier visitante o residente de la ciudad. Para el año de 1987, la ciudad se colgó la medalla más apreciada a la que un entorno urbano pueda aspirar: la ciudad fue reconocida con el título de Ciudad Patrimonio de la Humanidad, otorgado por la UNESCO (López, *Ibid*: 131).

Esta declaratoria fue de particular importancia para la ciudad, ya que contribuyó a la promoción turística del centro histórico, con lo que se reforzó una tendencia que hasta entonces se fundamentaba en lo primordial en el atractivo arqueológico de Monte Albán y en la celebración anual de la Guelaguetza, ‘máxima tradición de la ciudad’. De tal forma, se van articulado todo una serie de prácticas y discursos que ofertan a la ciudad de Oaxaca como una ciudad de origen colonial y de tradiciones, aun cuando la mayor parte de los edificios de la ciudad sean de tipo moderno afrancesado (Jiménez, 1993).

Por otro lado, un nuevo modelo de producción del patrimonio urbano se inició en la década de 1990, en el cual han sido actores políticos y económicos sus promotores: el conjunto del sector público, a través de sus especialistas en la historia y la cultura (INAH, INBA); personajes de la sociedad civil ‘ilustrada’; y la iniciativa privada, principalmente a través de fundaciones. El caso insigne de este modelo, por sus dimensiones y porque implicó la colaboración de estos tres sectores por primera vez en la ciudad de Oaxaca, es el proyecto de intervención en el ex convento de Santo Domingo, el cual inició en 1994 y concluyó cuatro años más tarde (López, *Ibid*: 135).

La labor de Francisco Toledo como gestor cultural, se diferencia de las dinámicas de patrimonialización dirigidas exclusivamente al sector turístico, en que ha privilegiado el desarrollo y el enriquecimiento cultural de los habitantes de la ciudad: a comienzos de los noventa, Toledo donó su casa ubicada en la calle de Macedonio Alcalá, justo frente a Santo Domingo, con el objetivo de alojar en ella al Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO), el cual es una biblioteca que contiene una de las colecciones más importantes a nivel nacional en

materia de artes gráficas e historia del arte. También destacan, como iniciativas promovidas por el pintor, el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO), y el Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo. Para estos espacios, aparte de ser importantes promotores del arte, su particularidad e importancia radica en que rompen con la estructura rígida de los centros educativos y culturales gestionados por el Estado, ofreciendo a los usuarios un espacio más abierto y libre (Jiménez, 2008).

Finalmente una acción que no puede omitirse, es la defensa del zócalo de la ciudad en el año 2002 encabezada por el pintor junto con el Patronato de Defensa y Conservación del Patrimonio Cultural y Natural del Estado de Oaxaca (Pro-Oax), frente a los intentos de instalar una franquicia del restaurante de comida rápida McDonald's en pleno corazón de la ciudad, lo cual desencadenó una serie de acciones y encuentros entre la sociedad oaxaqueña en pro de la defensa de sus espacios públicos y patrimoniales. Estos ejercicios decantaron en la firma del documento conocido como Carta Oaxaca (López, *Ibid*: 143).

Otro actor patrimonial de suma importancia para la ciudad de Oaxaca es la Fundación Harp, propiedad del magnate Alfredo Harp Helú. En los últimos veinte años, esta fundación ha intervenido en las restauraciones y refuncionalizaciones arquitectónicas más importantes que se han llevado a cabo en el centro histórico. Los proyectos realizados han constituido una red de espacios culturales, educativos y recreativos, que con el paso del tiempo se han ido arraigando en la percepción que tienen cierto sector de los oaxaqueños sobre su ciudad. Los principales usuarios de estas obras, son los jóvenes que acuden al Centro Cultural San Pablo (sede también de las oficinas de la fundación), a la Casa de la Ciudad, o a la Biblioteca Henestrosa, por mencionar algunos.

Pero todo el patrimonio urbano no sería nada sin aquellas personas que son las que finalmente lo significan y utilizan, los que le dan vida y hacen de él un espacio para la convivencia, la habitabilidad, el encuentro y el disfrute. La ciudad de Oaxaca no sólo es importante por todas las capas de historicidad que acumula en un espacio como el centro, lo es también por toda la riqueza cultural que día con día se manifiesta en sus calles, plazas, jardines, casas, talleres, mercados, mezcalerías, iglesias, museos, cafeterías, galerías populares, casonas y comercios. En todos estos

espacios se puede vivir y apreciar la ‘oaxaqueñidad’ en su máximo esplendor, ya sea degustando los particulares sabores del mezcal y los chapulines, o bien apreciando formas, colores y texturas en alguna obra de barro negro o de la gráfica oaxaqueña, producto de alguno de tantos artistas que concentra esta ciudad.

A lo largo del calendario cívico se han institucionalizado festividades que muestran el gran colorido de las culturas oaxaqueñas. Tradiciones barrocas, revestidas por la región y la nación desde el siglo XIX, se despliegan sobre el espacio urbano en un conjunto de fiestas y representaciones de aquellos mitos fundacionales que le otorgan identidad y cuerpo a una sociedad. Muestra del sincretismo cultural, se pueden apreciar importantes representaciones en la Semana Santa, la Guelaguetza, Día de Muertos, o las festividades decembrinas. Pero también están presentes las artes y su exposición en el espacio público. Conciertos, poesía, representaciones teatrales al aire libre, hacen de Oaxaca una de las ciudades con mayor vida cultural en el país.

Todo este escenario no puede obviar contradicciones que están presentes entorno a la producción de la ciudad de Oaxaca como una ciudad patrimonial. La principal de ellas es la que tiene que ver con la supremacía de los intereses económicos representados por la industria turística, frente a los intereses de los habitantes del centro histórico y de la ciudad en su conjunto. Esta tensión ha ocasionado que se promueva la intervención sobre el espacio de una manera que no siempre atiende a los principios básicos de funcionalidad y sencillez del urbanismo y la arquitectura, o que se haga una restauración de monumentos a una forma ‘original’ que es desconocida muchas veces por el restaurador. Producto de ello, es también que el espacio se convierta en un pastiche, en un escenario de la cultura pop global que puede ser consumido por cualquier visitante que se acerque a apreciarlo y no a usarlo (Jiménez, *Ibid*: 52-53).

Las perspectivas a futuro deben tomar en cuenta que lo patrimonial es un proceso vivo y que el centro mismo de la ciudad no puede constituirse en torno a una percepción del espacio que privilegie lo construido por encima de la gente. Afortunadamente en la ciudad de Oaxaca hay muestras de que muchas personas entienden esta situación y hacen de ella una herramienta para promover la preservación de su cultura y sus espacios patrimoniales. Las fiestas cívicas y

religiosas son muy concurridas en todo momento, dando fe de la vitalidad de las prácticas culturales. Plazas y jardines se llenan de gente que acude a tomar un helado, jugar con los niños o simplemente pasar el tiempo. Las personas viven y habitan el centro y su cotidianidad está dada por el trabajo, la escuela, el deporte, el esparcimiento o por ir al mercado. Mientras este proceso continúe vivo, mientras la ciudad sea habitada y no únicamente observada, el patrimonio podrá seguir manteniéndose como fuente de identidad y arraigo para los oaxaqueños.

Conclusiones

El giro espacial y el giro cultural de los años setenta del siglo pasado han permitido uno de los mayores y más enriquecedores diálogos entre las distintas ciencias sociales, a tal grado que muchas veces, las barreras que las definían y separaban se han ido desdibujando. La geografía se nutrió de nuevos conceptos y metodologías que, manteniendo su enfoque espacial, le permitieron acercarse a nuevas realidades. Espacio y cultura se engarzan para constituirse como uno de los temas de vanguardia en la geografía al abordar la tensión existente entre un proceso homogeneizador de la vida social impuesto de manera vertical, y una serie de resistencias y proyectos alternativos que lo que buscan precisamente es reivindicar la particularidad, la diferencia y la diversidad.

Esta perspectiva, junto con el replanteamiento de la historia oficial, permite pensar de una manera diferente a un lugar específico, y en este caso, a la ciudad de Oaxaca como objeto de investigación. En primer lugar se debe destacar el hecho de que la historia oficial borra de la memoria que la ciudad de Oaxaca ya existía con atributos de un urbanismo y arquitectura desarrollados con anterioridad a la fundación de la villa española. En segundo lugar se debe reconocer el hecho de que la ciudad ha estado articulada a lo largo de su historia, al proceso de mundialización occidental que inició en el siglo XVI y que se fue intensificando a diversos ritmos, hasta llegar a su grado máximo en la actualidad. En tercer lugar, al seguir este proceso y la manera en que la ciudad se articula a él, se muestra que es finalmente, con base en los atributos históricos y culturales del casco antiguo, como Oaxaca se convierte en una ciudad global. Ciudad global no por su importancia económica o política, sino en lo que los dadores de sentido constituyen como una Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

Esta situación hace que Oaxaca esté en el imaginario y en la lista de intereses de muchos actores, lo cual genera un conflicto y una disputa por el espacio. En esta disputa distintos proyectos de ciudad se ponen en juego ante lo cual, resulta indispensable buscar los mecanismos que puedan generar los consensos necesarios enfocados en permitir la reproducción de las relaciones sociales más que la reproducción de las relaciones mercantiles. La ciudad ante todo debe ser para sus ciudadanos y no para los visitantes y turistas, lo cual no implica la imposibilidad de pensar en una alternativa que conjunte preservación del patrimonio urbano y desarrollo económico sustentable. El punto medular es que esto se dé mediante un ejercicio democrático y no mediante la imposición autoritaria como acostumbran los gobernantes oaxaqueños. Este ejercicio democrático sobre pensar el espacio y pensar la ciudad puede remitir a los oaxaqueños a entender estas reflexiones como producto de sus aspiraciones y deseos, y por lo tanto, se hace factible que se vislumbren en ellos (en espacio y ciudad), y que vislumbren también la ‘cultura’ que como sociedad se quieren dar.

Referencias del capítulo

Archivo General de la Nación (AGN), *Historia* vol. 522.

Arriola, L. y C. Sánchez (2007), “Antequerana en el siglo XVIII. Espacio urbano, demografía, economía y vida social”, en Van Doesburg, S. (coord.), *475 años de la fundación de Oaxaca* (tomo I), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca, pp. 111-153.

Ballart, J. y J. Juan, (2008), *Gestión del patrimonio cultural*, Ariel, Barcelona.

Barbosa, M. (2001), *Huaxyácac la guarnición inmortal. Los ciclos urbanos en la historia de la ciudad de Oaxaca*, DUCERE, México.

Chance, J. (1978), *Razas y clases de la Oaxaca colonial*, Instituto Nacional Indigenista, México.

Gonçalves, C. (2001), *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Siglo XXI, México.

DOF, (19 de marzo de 1976), *Diario Oficial de la Federación*, tomo CCCXXXV, No. 15

Duhau, E. (1988), *Mercado interno y urbanización en el México colonial*, Gernika-UAM Azcapotzalco, México.

Harris, M. (1979), *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de las culturas*, Siglo XXI, Madrid.

Harvey, D. (1998), *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Fernández, F. (2006), “Geografía cultural”, en Hiernaux, D. y A. Lindón (Dir.), *Tratado de Geografía Humana*, Anthropos-UAM, Barcelona, pp. 220-253.

Francisco, J. (1999), “Tres momentos en la expansión de la capital de Oaxaca en el siglo XX”, *Cuadernos del Sur, Revista de ciencias sociales*, año 5, núm. 14, INAH-IISUABJO-CIESAS, Oaxaca, pp. 55-79.

INEGI (2015), Censos Nacionales 1910; 1921 y 1940.

Jiménez, V. (1993), “Oaxaca: conservación de una ciudad”, *El Alcaraván*, Boletín, vol. IV, núm. 15, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, Oaxaca, pp. 4-11.

Jiménez, V. (2008), “Oaxaca: Arquitectura o escenario”, *El Alcaraván*, núm. 1, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, Oaxaca, pp. 30-41.

Lefebvre, H. (1976), “El espacio en pedazos”, en Lefebvre, H., *Tiempos equívocos*, Kairos, Barcelona, pp. 221-252.

López, D. (2007) “Oaxaca”, en Van Doesburg, S. (coord.), *475 años de la fundación de Oaxaca* (tomo II), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca, pp. 97-179.

Madrid, G. (2013), *La metrópoli de los valles centrales. Morfogénesis de la ciudad de Oaxaca*, Fundación Alfredo Harp Helú, Casa de la Ciudad, Ayuntamiento de Oaxaca de Juárez, Oaxaca.

Martínez, H. y F. Ruiz, (2007), “La ciudad de Oaxaca. De la independencia a los inicios del periodo posrevolucionario”, en Van Doesburg, S. (coord.), *475 años de la fundación de Oaxaca* (Tomo II), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca, pp. 7-93.

Melé, P. (2006), *La producción del patrimonio urbano*, Casa Chata-CIESAS, México.

Melo, C. (2002), *Áreas Naturales Protegidas de México en el siglo XX*, Instituto de Geografía-UNAM, México.

Moraes, A. (2005), *Geografía: pequena história crítica*, Annablume, Sao Paulo.

Nogué, J. y A. Albet, (2004), “Cartografía de los cambios sociales y culturales”, en Romero, J. (coord.), *Geografía Humana*, Ariel, Barcelona, pp. 159-202.

Ortiz, J. (1992), “Problemas de conservación del Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca”, *El Alcaraván*, Boletín, vol. III, núm. 11, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, Oaxaca, pp. 41-43.

Peral, O. (2012), *El territorio como categoría de análisis del espacio social*, Tesis de licenciatura, Colegio de Geografía, FFyL-UNAM, México.

Rodríguez, L. (2014), “El centro histórico como concepto”, *Gaceta del Instituto del Patrimonio Cultural*, Instituto del Patrimonio Cultural del Estado de Oaxaca, Oaxaca, pp. 18-25.

Van Doesburg, S., coord., (2007), *475 años de la fundación de Oaxaca* (2 tomos), H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca-Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca

Wallerstein, I., coord., (2006) *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, Siglo XXI-UNAM Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México.

III. Conclusiones

El haber tenido la oportunidad de escribir este capítulo representó un reto académico para mí, al plantearse la necesidad de hacer una condensación discursiva de ideas y posturas que se han desarrollado más ampliamente a lo largo mi paso por la maestría. Esto implicó salir de una zona conocida para adentrarme en un contexto nuevo que me enriqueció como geógrafo e investigador y por ello estoy agradecido. Sin embargo, la elaboración de este capítulo no puede pensarse como desligada de mi investigación original, sino más bien como una faceta y producto más de ella.

Por otro lado, este ejercicio, planteó también la pertinencia de ser más humildes, al asumir los verdaderos alcances que puede tener la generación de conocimiento académico. En ese sentido, el estudio del Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca además de ser un proceso analítico que buscaba contribuir en la elaboración de marcos normativos, de ordenación y gestión, fue en última instancia, un ejercicio de reflexión que encontró como primera necesidad detenernos a pensar la ciudad, su historia, la forma que tiene y la forma que como colectivo se le podría dar, y entonces sí, desde la academia poder hacer propuestas sobre cómo llevar a cabo una producción social y participativa del patrimonio. Así, el espíritu de este capítulo se sitúa en ese momento de reflexión.

Asimismo, respecto al planteamiento original de la investigación, considero que el capítulo contribuye a la discusión de la problemática de manera sucinta pero abrazándola en su conjunto. Este escrito aglutina ideas y las adelanta mostrando los caminos a seguir en la resolución de las preguntas y objetivos investigativos, así como en el contraste de la hipótesis de trabajo.

La discusión teórica desde la geografía cultural y la perspectiva crítica que propone el capítulo, son el resultado de la investigación documental que se realizó con el objetivo de conformar un marco teórico sobre los espacios patrimoniales. En dicho marco, se profundizó en la escuela de pensamiento que aborda al espacio como objeto de estudio de la geografía. La discusión desde la visión escalar y desde la dimensión cultural de la vida social y desde los procesos patrimoniales, permitió definir al *Centro Histórico* como la categoría de análisis que condesaba los propósitos

de la investigación. Dicho concepto, permitió encontrar y definir las relaciones específicas entre geografía, historia y cultura para acercarnos a Oaxaca y su proceso de patrimonialización.

El apartado del capítulo donde se aborda la génesis y transformaciones de la ciudad de Oaxaca, se sustenta en la necesidad de tener una comprensión sólida de los procesos históricos, para entender las formas actuales del espacio, además de inscribirse en los esfuerzos que se realizan desde la subdisciplina de la geografía histórica. Por ello, esta sección ayuda a llevar a buen término el segundo objetivo que se planteó, al dar cuenta de la conformación histórico-espacial de la ciudad.

Respecto a los demás objetivos esbozados, todos ellos referentes al proceso de patrimonialización que se inicia en el siglo XX y que se desarrolla actualmente, la tercera sección del capítulo aporta elementos para su consideración. En dicho apartado se esboza el contexto en que surge la política patrimonial en Oaxaca, así como quienes son los principales sujetos que intervienen en el proceso y la manera en que el espacio adquiere una fisonomía distinta a partir de la revaloración y refuncionalización de algunos de sus elementos. Asimismo, se apuntan ideas en torno a las diversas formas de apropiación del Centro Histórico y las perspectivas a futuro, en donde se plantea la necesidad de privilegiar la habitabilidad más que la contemplación del espacio.

En conjunto, se considera que el capítulo aporta elementos para reconstruir la política patrimonialista en el Centro Histórico de Oaxaca, como resultado de un proceso multiescalar en donde intervienen tendencias estructuradas en los planos local, nacional e internacional, dirigidas por el Estado pero readecuadas según la capacidad de acción de diversos actores.

En este sentido, la hipótesis original debe ser llevada más allá de lo propuesto y problematizada más ampliamente, dado que si bien, existe una política patrimonial que impulsó el Estado mexicano en la ciudad de Oaxaca desde las primeras décadas del siglo XX, también es cierto que la sociedad Oaxaqueña no ha sido un agente pasivo en dicho proceso, sino que ha participado haciendo suyos algunos discursos y generando otros, desarrollando con ello prácticas patrimoniales propias, de tal suerte que en algunos casos, como sociedad civil, se ha logrado imponer al Estado o el sector privado. Es un proceso donde hay verticalidad de acciones y proyectos, pero al mismo tiempo una horizontalidad que los confronta.

Asimismo, una nueva tesis tendría que plantear que el Centro Histórico de Oaxaca se ha constituido como un espacio contradictorio donde confluyen lo patrimonial, lo mercantil, lo vivencial y lo identitario. Se hablaría entonces de un proceso donde el Estado hace una proyección del territorio, el capital mercantiliza el proceso y la sociedad lo reproduce y reconfigura.

Finalmente, el capítulo nos invita a pensar la ciudad de Oaxaca como una totalidad articulada. Este *lugar*, sería el configuración espacial de articulación y sentido de relaciones sociales contradictorias pasadas y presentes, la forma específica y diversa donde confluyen lo lejano y lo próximo, dando continuidad a un proceso de larga duración iniciado hace casi ya cinco siglos, en un despliegue permanente donde convergen la vanguardia y la tradición de la sociedad oaxaqueña.

Referencias

Becerril, J. (2003) *El derecho del patrimonio histórico-artístico en México*, Porrúa, México.

Bonfil, G. (1997) “Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados”, en Florescano, E. (coord.) *El patrimonio Nacional de México*, FCE, México.

DOF, (19 de marzo de 1976), *Diario Oficial de la Federación*, tomo CCCXXXV, No. 15

Garza, G. y Dalla-Corte, G. (coords.) (En prensa) *Geografía e Historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas*, Instituto de Geografía-UNAM, México.

Lira, C. y Calderón, D. (2009) “La identidad ‘colonial’ de Oaxaca. Una invención de la política turística y patrimonial”, en Lira, C. y Rodríguez, A. (coords.) *Ciudades mexicanas del siglo XX. Siete estudios históricos*, COLMEX-UAM, México.

Lombardo, Sonia. (1997) “El patrimonio arquitectónico y urbano (de 1521 a 1900)”, en Florescano, E. (coord.) *El patrimonio Nacional de México*, FCE, México.

Machuca, J. (2005). “Reconfiguración del Estado-nación y cambio de la conciencia patrimonial en México”, en Béjar, R. y Rosales, H. (coords.) *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*, CRIM-UNAM, Cuernavaca.

Melé, P. (2006) *La producción del patrimonio urbano*, CIEASAS-Casa Chata, México